

# PEDESTALES VACÍOS, ROCAS DESTRONADAS

MARIO RUFER

Universidad Autónoma Metropolitana,  
Unidad Xochimilco (UAM-X)

---

## Resumen

Gran parte de las naciones latinoamericanas, como génesis fundacional, vació en bronce a algunos de sus egregios oprobios: conquistadores, encomenderos, traficantes de esclavos, genocidas, generales de milicias que masacraron a poblaciones enteras y un etcétera previsible. Si es verdad que, como planteó Ernest Renan, las naciones son menos lo que recuerdan que lo que son forzadas a olvidar, podríamos preguntarnos ¿cuál es el rol de la monumentalización y de la invención de la memoria pública y de los patrimonios nacionales en ese olvido fundador? ¿Cómo se disputa hoy ese olvido frente a memorias emergentes, con otros lenguajes de autoridad? Este texto introduce al dossier y a los textos que lo componen, reflexionando sobre sus ejes rectores.

*Palabras clave:* Pedestales vacíos, monumentos, memoria pública, resistencias.

---

## EMPTY PEDESTALS, OVERTHROWN ROCKS

### Abstract

Many Latin American nations, as a foundational genesis, sculpted in bronze some of their eminent infamies: conquerors, *encomenderos*, slave traders, genocides, military leaders who massacred entire populations and a foreseeable etcetera. If it is true that, as Ernest Renan said, nations are less what they remember than what they are forced to forget, we could ask what is the role of monumentalization and the invention of public memory and national heritages in this founding oblivion? How is this oblivion disputed today in the face of emerging memories, with other languages of authority? This text introduces the dossier and the texts that compose it, reflecting on its guiding axes.

*Keywords:* Empty pedestals, monuments, public memory, resistance.

---

## **PEDESTALS VAZIOS, PEDRAS QUEBRADAS**

### **Resumo**

Grande parte das nações latino-americanas, como gênese fundadora, lançou em bronze alguns de seus flagrantes opróbrios: conquistadores, encomenderos, traficantes de escravos, genocidas, generais milicianos que massacraram populações inteiras e um previsível etc. Se é verdade que, como propôs Ernest Renan, as nações são menos aquilo que lembram do que aquilo que são forçadas a esquecer, poderíamos perguntar-nos qual é o papel da monumentalização e da invenção da memória pública e do patrimônio nacional nesse esquecimento fundador? Como esse esquecimento é contestado hoje diante das memórias emergentes, com outras linguagens de autoridade? Este texto apresenta o dossiê e os textos que o compõem, refletindo sobre seus eixos norteadores.

*Palavras-chave:* Pedestais vazios, monumentos, memória pública, resistência.

En la excelente y relativamente poco conocida novela del escritor argentino Carlos Gamerro, *El secreto y las voces*, hay un pasaje cargado de intensa visualidad. Se trata de un monumento: la estatua ecuestre que ocupa la plaza de un pueblo pampeano en la provincia de Santa Fé, y que conmemora a Urbano Pedernera, el comandante que fundó el pueblo donde se sucede la trama, Malihuel, a finales del siglo XIX. En aquella época Pedernera había sido, además de comandante, juez de paz en ese pueblo de la “frontera con el indio”, en los momentos previos al genocidio mal llamado Conquista del Desierto. La estatua de Pedernera es como cualquier otra emplazada en una plaza anodina del damero pampeano argentino.

Una tarde que suponemos a inicios de la década del 2000, el personaje de la novela, el Fefe, se reencuentra con la estatua cuando pasea por la plaza: “es el héroe de la guerra contra el indio”, le advierte un guardián del lugar (Gamerro 2002, p. 212). Y ese guardia le cuenta que la estatua había sido “desmontable” hasta poco tiempo atrás, caballo y comandante fundidos por separado. Y le devela también que esa disfuncionalidad aparente de la escultura era el motivo de un ritual anual en el que toda la población de Malihuel participaba. Una especie de evento carnavalesco en el cual la imagen esculpida de don Urbano era desmontada del caballo, llevada en procesión alrededor de la plaza en las angarillas de la virgen, cubierta de harina y huevo en medio de una fanfarria popular, y conducida al río donde era cuidadosamente lavada y cepillada “hasta sacarle todo el verde; viera cómo brillaba, una corneta parecía con el sol de la mañana. *Pero cuando lo devolvían al caballo lo montaban al revés, mirando para atrás...* (Gamerro 2002, p. 212, cursivas añadidas).

A inicios de este siglo, Gamerro parecía adelantarse a una época utilizando el realismo grotesco clásico de raíz rabelaisiana para burlar a una estatua ecuestre. Ese “héroe” parroquializado llevaba en la mano, no un rifle, sino una flor de cardo, la flor silvestre de la pampa. Estatua ridiculizada con engrudo y, sobre todo, desmontada en sus componentes. Un “milico” que también fue fundador y también fue juez, que encarnó el Estado expoliador y terminó en bronce como tantos; pero que un día al año es burlado en sus cimientos, desarticulado y conducido mirando para atrás, como el ángel de la historia de Walter Benjamin.

Para ser fieles a la ironía que está en el centro la Historia como disciplina, cuando se esculpió en Buenos Aires el Monumento al general Julio A. Roca —ejecutor primario

de la “Campaña del Desierto”— inaugurado en 1943, pasó algo que remite a la novela de Gamarro: la comisión destinada a legislar sobre el monumento dispuso que “la división de la estatua y figuras en partes se tolerará siempre que sea técnicamente indispensable; en este caso las uniones se realizarán con toda la precisión requerible para evitar fisuras y el mal aspecto.” (Gutiérrez 2004, p. 315).

Es interesante esto: la interdicción del poder para que el monumento no pueda “descomponerse”, no se pueda desmontar. Como si fuera un texto que sólo puede ser memorizado, que no sea posible separar sus partes, que no convoque impugnación de genealogía alguna. El peligro de la que la imagen desmontada mire hacia atrás y reconozca la barbarie que su a paso dejó —como el Pedernera de Gamarro— es, también, el peligro de que una imagen sea profanada en los términos que la componen: que se identifique la procedencia de su artilugio, las formas contingentes del hechizo. Todo aquello que produce sentido rechaza la veneración y convoca la comprensión: está abierto a la disputa y a la procedencia. O a la parodia. Esa es, o debería ser, la diferencia central entre la historia y la épica. ¿A cuál de estos dos géneros pertenecen los pedestales y monolitos? Por la potencia de esta pregunta es que el monumento y el patrimonio son, por lo general, enemigos de la memoria: buscan la contemplación de una imagen, la solemnidad de un acto, el dogma de la pompa, y nunca la comprensión pormenorizada del proceso que llevó a su investidura. Buscan, en definitiva, que el monumento no pueda ser desmontable en sus partes.

Malihuel, el pueblo de *El secreto y las voces* —un juego con algo huele mal y los topónimos indígenas propios de algunos poblados pampeanos— encierra en su historia una víctima de desaparición forzada durante la última dictadura argentina, un archivo desaparecido en una inundación impredecible, una historia de fortines y “malones” indígenas del siglo XIX que espectralmente rodean la memoria contemporánea; y todo parece condensar en ese monumento desmontable, ridículo, que despierta en los pobladores la pregunta sobre los engaños de la épica prosaica de la historia nacional (Rufer 2010, pp. 27-40).

¿Cuántos Pedernera monumentalizados habitan hoy la disputa política por el valor, el espacio y la memoria en América Latina? Este interrogante general es el espíritu convocante del dossier “*Pedestales vacíos memorias disidentes: monumentos intervenidos, iconoclasias y disputas por lo público en América Latina*”. Gran parte de las naciones latinoamericanas, como génesis fundacional, vació en bronce a algunos de sus egregios oprobios: conquistadores, encomenderos, traficantes de esclavos, genocidas, generales de milicias que masacraron a poblaciones enteras y un etcétera previsible. Si es verdad que, como planteó Ernest Renan, las naciones son menos lo que recuerdan que lo que son forzadas a olvidar (Renan, 2010), podríamos preguntarnos ¿cuál es el rol de la monumentalización y de la invención de la memoria pública y de los patrimonios nacionales en ese olvido fundador?

La ola de intervención, impugnación y derribo, según el caso, de monumentos dedicados generalmente a próceres varones, se ha generalizado en los últimos años en el continente y en el mundo: Argentina en torno a la figura de Julio A. Roca, México y las

múltiples diatribas en torno a la estatua de Cristóbal Colón en la capital o de los hermanos Montejo en Yucatán, Brasil en torno a la figura del emperador portugués frente a la “ley de marco temporal”, Colombia con la intervención de la estatua a Sebastián de Belalcázar, y un largo etcétera. ¿Cómo podemos leer esa voluntad iconoclasta? ¿De qué forma abordarla dando cuenta del impulso político que lo encauza?

Algunxs autorxs han planteado desde hace tiempo el problema de la monumentalización en tanto osifica el sentido de lo allí representado, lo vacía de correspondencia con la dinámica del tiempo (Young, 1993). Otros han leído esa falta de correspondencia de otro modo (por ejemplo, que nadie sepa quién fue ese “prócer” que está emplazado): como una voluntad propia de la estatalidad vernácula ante el totemismo (Tonda, 2021). No saber y que no importe demasiado ese “no saber” también es una manera de direccionar la relación con la autoridad; la estatua del prócer impávido que fija el Estado tiene una función metonímica y no de anclaje: no importa tanto quién es o qué hizo ese que aquí se yergue ante mí, sino recordar siempre, a cada paso, que hay un poder con la capacidad gigante de fijar, hacer detener, levantar la mirada. Es el lugar de enunciación y no el enunciado lo que se dirime en el acto monumental de la nación.

Si leemos las preocupaciones que se han manifestado, públicamente, en torno a lo que ciertos sectores llamaron “actos vandálicos” (por ejemplo, con la estatua de Colón en diversos países y contextos) surge una especie de equívoco primero: la idea miope de que quienes, en palabras de los conservacionistas más tradicionales, “destruyen” o “vandalian” (yo diría intervienen, impugnan) monumentos lo hacen “sin conocer” los contextos históricos a los que esos monumentos refieren: no conocen suficientemente a Colón y entonces es un anacronismo tratarlo de “conquistador” o “responsable” de los procesos genocidas de las guerras de conquista. El problema no es ese, justamente. El problema radica en pensar que quienes impugnan un símbolo monumental lo hacen pensando en un argumento histórico, en una coyuntura precisa. Pero, ¿podemos pensar esos actos de impugnación y la iconoclasia laica que se gesta con la intervención y el derrumbe de las estatuas y monumentos no sólo como la impugnación de un nombre propio, un sujeto histórico, un genocida o un tratante de esclavos, sino también como el derribo de ese gesto soberano, de una relación con la autoridad, la relación de reconocimiento a quién narra, quién fija, quien nombra? ¿No es la impugnación del gesto soberano de quien marca y decide lo que debe ser mirado —todo monumento “obliga” al caminante a levantar la vista— lo que realmente está en juego?

Para los movimientos indígenas de Brasil o para las colectivas feministas en México importa poco si Cristóbal Colón fue o no fue, en términos de títulos, probanzas y precisiones, un conquistador. Lo que sí importa es lo que su figura vaciada en bronce performa —en el sentido semiológico del término: lo que su emplazamiento refiere en términos de una época y una épica, de un proyecto de sociedad (jerárquica y excluyente), de un modelo estructural; y también lo que esas figuras producen: la reificación del Estado en

la gestión de los muertos y las muertes, el olvido producido en las pedagogías necesarias, homogeneizantes y autoritarias del Estado-nación—. Sin embargo, si el bronce está a salvo del tiempo, no lo está la historia como relato signifiante. Y allí quedan, estorbos olvidados que interrumpen el flujo de la vida.

En las acciones iconoclastas participan colectivos indígenas, colectivas feministas, grupos organizados de mujeres contra la violencia patriarcal, disidencias transfeministas, grupos políticos en lucha por la recuperación de tierras; también lo hacen ciudadanxs individuales, transeúntes que se unen a un llamado colectivo. *Mockuments*, llama Paolo Vignolo a esta coyuntura en su texto “*Vestigios de futuros posibles*” incluido en este dossier, jugando con las palabras en inglés *mockery* (burla) y *monument* (“monumentos en farsa, dispositivos carnavalescos”). A su vez, algunas voces instituidas hablan de la necesidad de evitar el “daño patrimonial”, insisten en “la preservación de los signos identitarios”—aun cuando, como mostró gran parte de los reportajes mediáticos durante las marchas del 8M en Ciudad de México, la gran mayoría de la población que estaba en la calle “defendiendo a los monumentos” no sabía quiénes estaban representados en los monumentos, ni qué lugar tenían en la historia—. Con respecto a la marcha del 8 M de 2020 y su gesto iconoclasta Clementina Battcock y yo planteamos:

“Si te importa más un monumento que un violador hay un problema”, rezaba un cartel en la marcha feminista del 8 marzo. Esa advocación exige la pregunta sobre el valor: ¿por qué era que valía este monumento? ¿En lugar de qué cosa está esta estatua masculina de Reforma? ¿Es un prócer? ¿Quién? La mayoría silencia, no recuerda. Como ya dijimos, el ciudadano pedestre poco sabe del referente. ¿Y por qué pocos saben, pero hay que proteger al objeto? La respuesta exigía algo más responsable que la obviedad: porque es un legado, por la cultura material, por la grandeza estética.... La intervención feminista sostenía la diferencia y ese cartel instalaba una pregunta más poderosa: ¿Qué cosa está desplazada, desdibujada, en una sociedad que está convocada a proteger aquello sobre lo cual carece de relato? (Battcock y Rufer 2021, p. 702)

La gente de a pie apenas sabe, no recuerda, no tiene argumento. Algunos, sin embargo, parecen compelidos a “proteger” eso que está allí. “Patrimonio”, “valor estético”, “nuestra historia”, dicen. Pero... ¿proteger el monumento o proteger el gesto de autoridad que lo puso allí: el gesto masculino, emasculante, blanco y soberano? No deberíamos confundir ambas cosas. Esta inquietud disparó los ejes, la propuesta y las preguntas de este dossier. En una revista sobre memoria, patrimonio y archivos ¿qué hacer con los monumentos y cómo pensar la ola de derribos e intervenciones más allá de la “rabia” coyuntural que los atraviesa? ¿Qué hay de ese gesto de impugnación que en el mismo momento en que tacha, escribe o derriba, reconoce también que es en ese lenguaje en el que le interesa disputar? Porque lo más importante de todo es que si los movimientos indígenas, las colectivas feministas y transfeministas o los movimientos *queer* latinoamericanos inscriben, tachan, dejan vacíos los pedestales, lo que muestran es que algo de los monumentos importa

para el proceso de subjetivación política y, sobre todo, muestran que la rúbrica del gesto monumental es un lenguaje en disputa, un referente que “no da lo mismo”: convoca a ser el lugar de la significación.

Los 8 textos académicos que componen el dossier abrevan en casos, contextos y movimientos disímiles: Colombia, México, Brasil, Argentina. Me gustaría reunir en dos ejes bastante previsibles a los textos que componen el dossier: espacio y tiempo. Pero entendidos ya no como realidades empíricas indudables siguiendo la premisa kantiana, sino como categorías disponibles a la disputa pública y política. Disputas stricto sensu: la antigua tradición de examinar las fuentes y los modos de toda autoridad, y enfrentarlos.

La disputa temporal: varios de los textos urden de qué manera la intervención en/ sobre monumentos pugna por una reflexión sobre el tiempo como una clave política (para sostener la gubernamentalidad o para fraguar las resistencias). Paulina Álvarez hace un montaje específico de temporalidades para mostrar la manera en que se anudan poder político, arqueología y lo que yo llamaría “disposición de monumentalidad” en México, capaz producir soberanía y olvido simultáneamente y como formas de terror de Estado. Esa simultaneidad es lo que hace potente el argumento del texto. La fuerza de la arqueología en la producción de “monumentalidad” como rúbrica de Estado —en el sentido más preciso de la “firma” destinada a reproducirse— es también discutida en el texto de Itza Varela, que muestra el “olvido” de la arqueología sobre las poblaciones afromexicanas, junto con el gesto iconoclasta de algunas acciones artísticas que reifican barcos esclavistas yuxtaponiendo tiempos de negación a la vez que exponen la fragilidad de las premisas arqueológicas (y por ende, nacionales).

Ese dispositivo monumental-nacional es impugnado notoriamente en los gestos de colectivas feministas que analiza Emanuela Borzacchiello en México: “prácticas [que] se mueven entre un movimiento de negación y uno inverso de afirmación: negación porque son prácticas disidentes que se oponen a los sistemas patriarcales y coloniales violentos (...); afirmación porque no se basan en la destrucción, sino que abren espacios de posibilidad donde antes había una imposibilidad o sólo frustración”. En la yuxtaposición de acciones en monumentos y creación de “antimonumentas”, Borzacchiello expone la fuerza simbólica del “monolito” —falo, monumento, totem— como figura a disputarse. También Vanessa Rodrigues de Araújo transita este eje al trabajar la quema del monumento a Cabral en Brasilia en 2021 ante la inminente aprobación de una ley (“Marco temporal”) que cercaba un “lapso de tiempo” para el reclamo soberano de tierras indígenas. La tesis de Rodrigues Araújo es interesante en tanto propone que no es simplemente “la protesta sobre el marco temporal” lo que llevó a la quema de la estatua de Cabral por parte de colectivos indígenas, sino la necesidad de “reconectar” la ley del marco temporal con las estructuras coloniales que sostienen al Estado brasilero.

La disputa espacial: el artículo de Paolo Vignolo signa, alrededor de la figura de Colón y sus monumentos en Colombia, la orientación sobre el problema espacial: ¿qué deja

un monumento derribado o intervenido? ¿Qué nuevo lugar material produce? ¿Qué es lo público que impugna un pedestal vacío? El *horror vacui* del pedestal derribado no tendría tanto que ver con la historia, los nombres propios o los acontecimientos sino con quiénes tienen la autoridad para marcar el territorio invocando voluntad colectiva. De ahí la propuesta de Sebastián Vargas en su texto preciso sobre horizontalizar los espacios públicos más allá de los referentes históricos, y la preocupación para encontrar lenguajes que nos permitan hacerlo autorizando formas y fórmulas específicas de quienes han sido tradicionalmente *narrados* (pero nunca narradores).

Disputar el espacio no es solamente contender por un lugar material para la representación simbólica: es polemizar sobre las fuentes del poder social que hacen del espacio una categoría de contienda política. Los textos de Matina Lambertucci y de Vanessa Calvimontes y Juan Villanueva abrevan con densidad empírica y situada estas disputas. Lambertucci exponiendo de qué modo en una localidad específica de la Patagonia argentina, la disputa por la representación de campañas militares y de sus “héroes” responsables del genocidio indígena son parte de un montaje una y otra vez escenificado sobre el terreno local: figuras como las de Julio A. Roca se quitan pero queda el pedestal, o alguna base, la marca del espacio ocupado por algo que ya “no lo merece”. Esa es, también, una marca de representación que alude tanto al referente como al gesto que lo destrona. Calvimontes y Villanueva despliegan directamente las marcas territoriales de La Paz y el Alto, en Bolivia, para elaborar un argumento complejo sobre por qué, si los monumentos y monolitos están abiertos a la disputa, también lo está el gesto soberano que los inviste: a veces comparando ciudades como en este caso, nos damos cuenta de que la “memoria oficial” en el espacio no es única, no es homogénea. Esa ambivalencia refiere no a un “error en la matrix del poder”, sino que recuerda que toda fórmula de dominio moderno (y colonial, obviamente), está sujeta a la ambivalencia y a la adaptación para poder sostener su producción legítima de valor. Y como muestra la mejor tradición de análisis poscolonial, lo mismo que fabrica la legitimidad —la hipérbole, el estereotipo, la reificación— es lo que se disponibiliza para erosionarla.

Así, este dossier trabaja más sobre las preguntas abiertas que sobre las tesis concluyentes. Se trata de mostrar las entrañas de una disputa pública y política de sociedades cada vez más desiguales y excluyentes, en las cuales, como muestran estos textos, los monumentos y sus impugnaciones son un síntoma de que algo se mueve en las entrañas del poder y de sus lenguajes en contienda.

Para finalizar, quisiera expresar un agradecimiento crucial a quienes trabajaron arduamente para que este número viera la luz. Al equipo editorial incansable de *Memorias Disidentes*, que entre tantas obligaciones cotidianas se hace un espacio para revisar manuscritos, corregir, enmendar. Eso tiene un solo nombre y es el de trabajo no remunerado, y sabemos que muchos esfuerzos de pensamiento crítico en nuestras latitudes se sostienen gracias a esas apuestas colectivas, generosas y hospitalarias. La estupenda sección



de lenguajes instituyentes con testimonios, infografías y creaciones de jóvenes y colectivas de distintas latitudes americanas, incluyen contribuciones de compañerxs que han transitado momentos difíciles, incluyendo procesamientos judiciales por intervención al “patrimonio”. El tiempo, la entrega, la apuesta, la imaginación y la creatividad en estos contextos, exigen estar a la altura. Gracias por la apuesta a *Memorias Disidentes*.

---

### Referencias bibliográficas

- Battcock, Clementina y Rufer, Mario (2021). Revolt, condemnation or reparation? Feminist protests against violence in Mexico. *Contemporanea* 4, 663-711.
  - Gamarro, Carlos (2002). *El secreto y las voces*. Norma.
  - Gutiérrez, Rodrigo (2004). *Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica*. Cátedra.
  - Renan, Ernest (2010 [1882]). ¿Qué es una nación? En Homi Bhabha (Ed.), *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*, (pp. 21-38). Siglo XXI.
  - Rufer, Mario (2010). *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. El Colegio de México.
  - Tonda, Joseph (2021). *The modern sovereign. The body of power in Central Africa (Congo and Gabón)*. Seagull Books.
  - Young, James (1993). *The texture of memory*. Yale University Press.
- 

### Mario Rufer

<https://orcid.org/0000-0002-2335-1335>  
mariorufer@gmail.com



Historiador por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Doctor en Estudios de Asia y África, Especialidad Historia y Antropología, por El Colegio de México. Actualmente es Profesor-Investigador Titular de la Universidad Autónoma Metropolitana, México. Sus líneas de investigación se orientan a los estudios culturales y la crítica poscolonial, y a los usos sociales del pasado y de la temporalidad: nación e historia pública, archivo, memoria, museos, patrimonio. Ha publicado sobre metodologías críticas en estudios culturales y ciencias sociales. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACyT (México). Ha sido profesor invitado en las universidades de Bielefeld, Alemania, Universidad del Cauca, Universidad de Buenos Aires, Universidad de California, Los Ángeles, Universidad de Nueva York, entre otras. Entre sus libros como autor o editor se encuentran *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales* (El Colegio de México, 2010); *Entangled Heritages. Postcolonial perspectives on the uses of the Past in Latin America* (co-editado con Olaf Kaltmeier, Routledge, 2017); *Indisciplinar la investigación. Archivo, trabajo de campo y escritura* (co-editado con Frida Gorbach, Siglo XXI Editores-UAM,

2017), *The Routledge Handbook to the History and Societies in the Americas* (co-editado con Olaf Kaltmeier y Stefan Rinke, Routledge, 2020); *Horizontalidad: hacia una crítica de la metodología* (co-editado con Inés Cornejo, CALAS-CLACSO, 2021); *La colonialidad y sus nombres* (Siglo XXI Editores-CLACSO, 2022); *El tiempo de las ruinas* (co-editado con Cristóbal Gnecco, UAM-Universidad de Los Andes, 2023). Es miembro de la Red de Información y Discusión en Arqueología y Patrimonio (RIDAP), fundador y editor responsable de *Memorias Disidentes: Revista de estudios críticos del patrimonio, archivos y memorias*.